

**RODRÍGUEZ-PICAVEA, Enrique**

*Los monjes guerreros en los reinos hispánicos.  
Las órdenes militares en la Península Ibérica  
durante la Edad Media.*

La Esfera de los Libros.

Madrid, 2008, 591 pp.

Las órdenes militares representan una de las instituciones más llamativas del Medioevo. La conjunción de la actividad monástica, cuyos rasgos de identidad son la huida del mundo y la mansedumbre, con la guerrera —a todas luces mundana y en absoluto pacífica— no deja de ser una combinación paradójica. Estas instituciones tan peculiares solo cobraron sentido en un contexto medieval específico en el que intervinieron el auge del papado como poder religioso y político, el prestigio del modelo monástico como vía más perfecta de vivencia religiosa, la creación de un *ethos* social guerrero entre una elite de caballeros y la progresiva configuración de una idea de guerra santa que fue encauzada por

los pontífices romanos hacia el Próximo Oriente. Fueron, por tanto, el resultado de un conjunto de elementos interrelacionados, cuya máxima vigencia puede situarse entre los siglos XII y XIII. Su pervivencia en el periodo bajomedieval, fruto de un cierto conservadurismo institucional, típico de la Edad Media, vino acompañada de fuertes transformaciones, una vez desaparecidos sus objetivos iniciales. Las órdenes militares fueron una particularidad medieval, pero no de toda la Edad Media (son desconocidas antes del siglo XII) y no son iguales a sí mismas durante todo el tiempo.

En los últimos años, se vive una suerte de efervescencia historiográfica en relación con las órdenes militares. Esto es debido, sobre todo, al interés que rodea a los templarios, la primera y más significativa de las órdenes, cuya trágica desaparición, promovida por el rey francés y acompañada de acusaciones de herejía, ha dado pábulo al misterio. Esta situación novelesca ha sido aprovechada por escritores, algunos con pretensiones «científicas», otros simples pergeñadores de *best-sellers* al estilo del archiconocido *Código da Vinci*. Pero también hay una abundante investigación historiográfica seria y concienzuda que se aleja de esas perspectivas. Uno de los escenarios en el que se ha observado un constante y creciente interés por parte de los historiadores ha sido la Península Ibérica, donde las órdenes militares tuvieron una fuerte implantación, favorecida por la creación de instituciones específicamente hispánicas. El desarrollo en los últimos años de una sólida línea de investigación por parte del profesor Carlos de Ayala—autor, por otra parte, de un libro de síntesis sobre las órdenes militares en la Península Ibérica, publicado en 2003— en la Universidad Autónoma de Madrid, con numerosos resultados, es la mejor manifestación de ese empuje. Cada vez conocemos mejor los elementos sociales, políticos, religiosos y culturales que compusieron la actuación de estas instituciones, así como su papel en la organización del territorio

conquistado a los andalusíes en los siglos XII y XIII. No obstante, quizá sea el momento de tratar de insertar con mayor claridad el fenómeno de las órdenes en el ámbito hispánico en el conjunto internacional, para no caer en el juego de los particularismos.

En estas coordenadas se inscribe el libro que aquí comentamos. Debe tenerse en cuenta que Enrique Rodríguez-Picavea es autor, entre otras muchas obras, de una excelente tesis doctoral sobre la orden de Calatrava en la submeseta sur, dirigida precisamente por Carlos de Ayala. Se trata de un reconocido especialista en esta materia, que nos ha proporcionado solventes investigaciones relacionadas sobre todo con el ámbito geográfico del reino de Toledo. Solo a partir de esa sólida base es posible plantearse un libro como este, que pretende ser al mismo tiempo una síntesis de lo que conocemos sobre las órdenes militares en el espacio ibérico y una obra de alta divulgación, destinada a un público culto, que no necesariamente está familiarizado con la investigación historiográfica más actual. Resulta conveniente subrayar este último aspecto, ya que en demasiadas ocasiones los trabajos de los historiadores no superan el estrecho marco de los especialistas, precisamente en un momento de aumento de la demanda sobre temas históricos, un hueco que desgraciadamente está siendo cubierto por algunos aficionados, dotados de habilidad narrativa, o por historiadores que repiten sin rubor clichés pasados para usarlos como arma arrojada en el farrago de la discusión política. Somos nosotros, historiadores, los que debemos llevar a cabo la tarea, no siempre grata y poco reconocida en el escalafón académico, de acercar nuestra investigación a un público culto y deseoso de conocer más sobre el pasado, sin por ello caer en la tentación de plegar toda nuestra tarea a los deseos de la demanda.

El volumen se divide en cuatro partes, que tratan de recoger los múltiples aspectos sobre el fenómeno de las órdenes militares, y un epílogo en el que se señala la evolución

de las órdenes militares después de la Edad Media. La primera parte se refiere a los orígenes, definición y tipología, analizando el origen de las órdenes militares en la empresa de la cruzada, su definición y tipos existentes, para después acercarse al caso ibérico estudiando la implantación de las órdenes de Tierra Santa y la aparición de los institutos propiamente peninsulares. En un segundo gran apartado se engloban las actividades y funciones, con especial hincapié en las de tipo militar, a través de la participación de los freires en las guerras contra cristianos y musulmanes —que debe valorarse sobre todo desde un punto de vista cualitativo más que cuantitativo— y el control de fortalezas, pero también se señala el elemento hospitalario, que fue muy importante en la justificación de estas órdenes —recuérdese el origen de la orden de San Juan— y en sus economías. Posteriormente se abre un denso capítulo dedicado a la compleja organización interna y al poder señorial de estas instituciones en el caso peninsular, recorriendo aspectos como la espiritualidad y la cultura, la estructuración y jerarquización de dichos institutos y la importantísima proyección señorial que tuvieron en amplias zonas. Por último, se lleva a cabo un estudio sobre las relaciones de las órdenes con otros poderes, en especial con la monarquía y un muy interesante capítulo sobre la propaganda e imagen que dieron de sí mismas las órdenes militares.

Como puede comprobarse estamos ante una obra con pretensiones de totalidad, que sintetiza las aportaciones de una cada vez más abundante bibliografía, no siempre accesible al gran público ni a los estudiantes. Resumir aquí y ahora todos y cada uno de los contenidos que se desarrollan resultaría excesivamente prolijo. Hay, sin embargo, algunos aspectos que conviene resaltar por su especial interés. Uno de ellos se refiere al análisis de la creación y organización de estas milicias, que se situaría en dos planos diferenciados. El primero es el contexto internacional, marcado por la experiencia de

las cruzadas a Tierra Santa, un movimiento que formó parte del amplio conjunto de reformas que colocaron al papado en una posición central dentro del entramado político de la Edad Media. Esa coyuntura, unida al auge social y cultural de los caballeros, explicaría la formación de las denominadas órdenes internacionales, que se habrían extendido hacia zonas alejadas del Próximo Oriente, donde deberían obtener recursos para su principal cometido. El segundo se debería al particularismo hispánico, al ser una zona de frontera con el islam, por lo que los poderes políticos ibéricos no dudaron en utilizar el expediente de las órdenes militares para crear instituciones afines con una sólida capacidad militar. Es el caso de las órdenes peninsulares, como Calatrava, Santiago o Alcántara, cuyos inicios fueron de todos modos dubitativos, pero siempre marcados por la decisiva influencia de los reyes. La diferenciación entre ambos tipos de órdenes militares persistió e incluso se observa un juego de suma cero, pues allí donde las órdenes «peninsulares» no se desarrollaron, como sucedió en la corona de Aragón, hubo una fuerte implantación de las órdenes «internacionales» (al menos hasta la disolución del Temple y la creación de Montesa) y viceversa.

Otro aspecto destacable es el papel guerrero y señorial de estas instituciones, un elemento que se ha subrayado en los últimos años. Rodríguez-Picavea nos describe acertadamente los aspectos puramente militares de estas milicias, con especial énfasis en su carácter de ejército altamente cualificado en sus inicios, debido a su dedicación permanente y a su carácter de caballeros. El alto valor asignado por los reyes a estas instituciones no provenía del alto número de fuerzas sino de su elevada calidad. Aunque estos aspectos ahora estén prácticamente ocultos por otros de mayor profundidad social, no debe olvidarse que la función militar estaba en el origen de las órdenes y era la que les daba sentido, aunque, con el transcurrir del tiempo, se fuese diluyendo esa actividad

hasta convertirse en un mero simbolismo. En cualquier caso, es esa fuerza militar lo que explica el interés de los monarcas y, por consiguiente, el apoyo que estos prestaron. De esta manera, las órdenes se consolidaron en muchos casos –no siempre, desde luego– como importantes señores feudales que controlaban amplios sectores geográficos, junto con sus pobladores. Para articular esa capacidad señorial, se implementó el sistema de encomiendas, la mayoría de ellas enclavadas en fortalezas, espacios de poder vinculados también con el dominio político y militar del territorio, así como una rígida jerarquización interna de las órdenes. Al mismo tiempo, las órdenes militares desempeñaron una función ideológica esencial, pues se revelaron como las piezas más evidentes de la nueva mentalidad feudal y caballeresca. Posiblemente esta fue la característica más perdurable, la que permitió su supervivencia una vez que las condiciones sociales se hubiesen modificado: el caballero de las órdenes militares simbolizaba al cristiano viejo, valedor de la fe mediante las armas.

Un tercer aspecto de interés dentro del libro es el referido a las relaciones con otros poderes, en especial con la monarquía. Dado que en el proceso de fundación y primera génesis de las órdenes estrictamente hispánicas los reyes ejercieron un papel determinante, no es extraño que la influencia de los monarcas fuese un factor principal en la actividad de las órdenes militares. Dicha situación es válida incluso en el caso de las órdenes «internacionales», cuya implantación estuvo estrechamente ligada a iniciativas regias. Pero a partir de 1250 se observa una tendencia al control directo de estas instituciones por parte de los reyes, quienes, en un proceso más o menos largo, consiguieron elegir a los maestros, una figura que se fue engrandeciendo con el paso del tiempo. En el siglo xv, este fenómeno de dominio progresivo desembocó en la definitiva condición subalterna de las órdenes con respecto

a los monarcas, por lo que se configuraron como agentes vinculados absolutamente a la realeza. Por otra parte, las órdenes militares se fueron poco a poco constituyendo como instituciones de tipo nobiliar, algo que no eran en un principio.

El programa de las órdenes militares tuvo desde sus inicios fuertes críticas, contrarrestadas por la adhesión de algunos importantes pensadores, como san Bernardo, por la eficacia militar –si bien estuvo sometida a fuertes vaivenes– y sobre todo a una política de propaganda auspiciada por las órdenes. Este último elemento no ha sido tratado con profundidad en las numerosas obras que recientemente se han escrito sobre el tema, por lo que el capítulo que el autor dedica a tales aspectos es muy novedoso. La construcción de la figura del maestro, las ceremonias asociadas a los más altos cargos de las órdenes y, sobre todo, la inversión en arquitectura y en elementos artísticos, fueron parte esencial de este programa, apoyado por la realeza que, en definitiva, estaba invirtiendo en su propia imagen.

Por último, el libro nos ofrece a lo largo de sus páginas una visión diacrónica de estas instituciones, ya que tuvieron una larga vida, no exenta de profundas transformaciones que modificaron el impulso inicial. Pueden aislarse una serie de pautas evolutivas de las órdenes militares que alcanzan hasta la Edad Moderna. Una de ellas es la progresiva secularización de estas instituciones, que se fueron desprendiendo de los elementos eclesiásticos cuya presencia inicial había sido uno de los rasgos más destacados, por la mezcla –para algunos inconcebible– de la vida monástica y de la actividad bélica. Sin embargo, a finales de la Edad Media, los caballeros de las órdenes monásticas habían perdido su carácter monacal o eclesiástico, si bien en algunos casos, como sucedió con la orden de Santiago, tales elementos no debieron haber sido importantes ni siquiera en el siglo xii. Otra línea evolutiva, muy unida a la anterior,

es la creciente aristocratización de las órdenes; aunque los aristócratas habían sido un componente central, las milicias no estaban compuestas de manera exclusiva por miembros de ese grupo social. A medida que se avanzó en el tiempo, y al mismo paso que se llevaba un vaciamiento de los contenidos eclesiásticos, la nobleza se convirtió en un requisito esencial para pertenecer a estas instituciones. El *ethos* nobiliar se adueñó de las órdenes, las cuales intervinieron claramente en las confrontaciones políticas, gracias a la intervención regia y a la participación señorial. Una última evolución ya ha sido señalada anteriormente: el control monárquico creciente que culminó con la formación del Consejo de las Órdenes como uno de los instrumentos básicos de la organización del Estado moderno.

Como se ha advertido, el elenco de temas y de acercamientos es muy variado y el libro da una idea de muchos de ellos. Plantear cada uno de ellos excede los objetivos de esta reseña. Pero resulta necesario destacar la calidad de un libro de alta divulgación, elaborado por un profesional de reconocida solvencia, con un gran conocimiento de la materia. Precisamente esa circunstancia permite al autor integrar coherentemente aspectos muy dispares sobre las órdenes militares. En definitiva, un libro útil para que un lector no especialista pueda llevar a cabo un acercamiento serio y profundo sobre la materia.

Iñaki Martín Viso